

El Oráculo de la **Fortuna**

Aldo Berríos



© El Oráculo de la Fortuna.
Colección: Literatura Chilena
Sello: Odonata
Primera edición: Octubre 2021

© Aldo Berríos

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: Ariel Gutierrez
Corrección de textos: Marcela Bruna
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-83-4

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021 A 8416

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

*Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo para mostrar
al mundo cómo era su casa.*

Bertolt Brecht

I

La canción familiar

*T*oda mi vida fui un reemplazo. Nunca llegué donde quería. Mi trabajo me parece tremendamente aburrido y más encima vivo en Concepción. Dónde habrá quedado mi idealismo, ese trapo deshilachado que se percude de tanto manosearlo, el mismo que tarde o temprano te enseña a cerrar la boca convertido en mordaza. Calla, no sueñes. Todavía no entiendes que el viaje de ida es mucho peor que el de vuelta. Las palabras tienen recovecos que aún desconozco. Tratas de armar una historia, predecir cómo irá ese día, porque efectivamente eres escritor, pero en la vida no tienes ningún poder, y eso duele. Una vez escuché por ahí que la depresión nace como una forma de adaptarse a metas inalcanzables, poco realistas. Pero ¿qué saben ellos? ¿Será que algunos estamos hechos de ficción? Quizás por eso nos conmueve tanto el arte, porque necesitamos poner algo entre nosotros y la realidad. Nunca fuimos mejores de lo que creímos, ese es el tema.

La pluma se detiene. Alberto Bruna esconde la cara entre sus manos antes de hundirse en una sensación extraña, como si un millón de hormigas se comieran sus piernas y luego vomitaran una mezcla entre afán e impotencia.

Tiene sus días alegres, igual que los demás. No le queda más que aferrarse a eso: comida fría y medicamentos. Con suerte escribe cartas honestas que le recuerdan lo

que una vez fue, para luego quemarlas durante las noches de vino barato y vivir el duelo correspondiente.

Su carta favorita es una canción familiar.

Primero están los recuerdos. En uno de ellos duerme sobre el pecho de su padre después de nacer. Su abrazo se siente tibio, la respiración y el constante vaivén de su tronco le ofrecen descanso, seguridad. Su hermana le dice que miente, que nadie puede recordar tan hacia atrás, pero no tiene sentido que él invente esas cosas. Ciertas impresiones se aferran contra la luz, tal como sucede con las fotografías. Y ahí se quedan, selladas a fuego lento en la retina mental.

Cuando se esfuerza, comprende que se ha pasado la mayor parte de su vida durmiendo. Durante su niñez solía recogerse bajo la mesa en reuniones familiares, con un mantel que se cernía como una cornisa bloqueando el mundo exterior. Los adultos solían discutir de política, pero él divisaba una fila de piernas y rodillas. Nada más. Sus dedos recorrían los patrones con relieve de la alfombra y otras veces jugaban con las terminaciones de la mesa; al medio había un sector rectangular de madera que se desplegaba únicamente para Navidad. Los ojos le molestaban al niño, sus párpados se sentían pesados y una especie de bruma cubría el color castaño del iris. No era una lágrima, pero casi. Mientras acomodaba su rostro en la alfombra, veía que algunos zapatos estaban lustrados y otros no tanto, algunos combinaban con los calcetines y otros jugaban a variar. De vez en cuando su madre levantaba el mantel para cerciorarse de que seguía dormido. Y él cerraba los ojos, fingiendo para no cortarles a ellos la inspiración, ya que sus voces lo relajaban

y ponían su mente en blanco, y agradecía ese estado de aturdimiento. Las voces de los adultos se perdían junto al humo de los cigarrillos, emergiendo como una estela por la ventana entreabierta mientras los cadáveres se acumulaban en varios ceniceros de cristal. “Su niño es demasiado tranquilo. ¿Por qué no le gusta jugar con los demás?”, solían decir los comensales. Luego venía un silencio incómodo y su madre corría a servir café con obleas.

Hoy es distinto. Vive en una silla de ruedas y escribe esos mensajitos que aparecen en las galletas de la fortuna. No es un trabajo terrible, pero cabe decir que fue una coincidencia con sabor agridulce: una vez le dijo a un amigo que soñaba con ser escritor, y su amigo vio dinero en aquella fantasía. Pero él era un inconformista, y con el paso del tiempo se sintió aislado de su faceta artística. No obstante, cumple con las fechas de entrega y la empresa le paga bien. Se queja de lleno, no suele decir lo que piensa. Será porque tiene el espíritu de un escritor de medio pelo, semiapagado y dolido con el mundo. El optimismo jamás ha sido una de sus fortalezas y la amargura se le da mucho mejor. Con el correr de los años ha venido cincelandando una escultura hecha de pura voluntad y tormento. La razón se reduce a que un hombre sin remordimientos al menos puede respirar. Por eso escribe.

Sonará extraño, pero en el fondo se niega a que las alegrías y penas de amor inunden las callejuelas de su alma. Él cree que no puede permitirse que alguien se aferre a esas oscuras paredes, en especial si pretende volver a usar las piernas. Las golpea y las maldice a menudo, y entonces recuerda el esfuerzo que representa algo tan simple como ir a comprar pan. Ni siquiera concibe una

vida junto a otra persona sin transformarla en su esclava, su niñera. No hay nada peor que evocar lástima, se dice frente al espejo. A veces siente que está hecho para su silla de ruedas, la cual hasta tiene su forma; el reposapiés rechina cuando lleva objetos pesados y en los mangos de empuje se reflejan sus huellas dactilares. Este año cumple cincuenta.

¿Qué más puede hacer un hombre a medias? ¿Encerrarse a llorar? No, esa puerta está reservada para los cobardes. Solo le queda codiciar algo que no es, envidiar la normalidad desde el otro lado del muro. Lo otro sería colgarse del techo, pero también le costaría trabajo y es demasiado orgulloso para eso.

Ha escrito un bosquejo en sus ratos libres. Nada extraordinario, un libro íntimo, de esos que quedan atrás en las librerías. Lo ha revisado en infinidad de ocasiones, pero casi nunca le encuentra sentido. A veces piensa que si publica ese libro se llevará a toda su familia al patíbulo. Todavía no entiende que ese es el tipo de historias que deberían ser contadas. Escribir sin tanto odio en el alma, sin miedo, sacudiendo el polvo y la cerrazón que tanto lo asquea.

Por ejemplo, Alberto lleva el nombre de su padre, el mismo que tenía el verdadero amor de su abuela antes de casarse y vivir encerrada en una cocina. Para él, la resignación huele a fritura y huevos a la copa con merkén.

La vida está llena de contratiempos, porque su madre acaba de fallecer y lo hizo rodeada de personas que la querían, así como también de deudores y amigas que deseaban confirmar la noticia. Sus ojos estaban grises y el aliento le apestaba a algo que Alberto jamás había oli-

do, y que nunca olvidaría. A ella se la tragó una tos que duró dos años y medio. Cuando le tomó su mano para acariciarla estaba fría, alguien le dijo que su cerebro ya no funcionaba, que ni siquiera se molestara en hacerlo. Pero Alberto la veía moverse entre sus arrugas y escaras, y apenas la reconocía. Así fue su despedida, tan desgraciada como la misma enfermedad que se la llevó mientras dormía en su casa ubicada en Lomas de San Andrés.

Afuera un par de conocidos se quejan de que la comida escasea y que no valió la pena venir. Las personas se vuelcan hacia el morbo cuando ven tan de cerca a la muerte. Cada vez que se cruzan con Alberto le regalan esa risita falsa, ese gesto con los ojos a medio abrir, como si acaso sintieran mucha lástima, como si de pronto los inundara una profunda compasión venida de quién sabe dónde. Primero miran la silla, luego mueven la boca hacia una mejilla y al final le ofrecen una dosis de sabiduría relacionada con la vida eterna.

—No se preocupe, de seguro será recordada —dice un pariente joven con suspensores, un hípster con bigote delgado que vende seguros apenas le dan la mano.

—Ayudándolo a sentir —agrega una señora pintarrajeada con moño, la vecina de Alberto—. Pobre señora Eliana...

—Susana —la corrige Alberto.

—Bueno, da lo mismo como se llame. Ya se nos fue — responde ella, haciéndose la ofendida.

—Gracias por venir —dice Alberto, apretando la silla.

—Al contrario, gracias a ti por invitar —se entromete una sobrina pelirroja que anda con la cabeza en otro lado, evidentemente drogada.

—¿A qué hora es el partido? —pregunta un hombre con camiseta de fútbol, sin saber que está frente al hijo de Susana.

—No sé.

—Claro, claro. Mucha fuerza, mijito. —Y desaparece entre la masa de gente para preguntarle a alguien más.

—¿La mataron los triglicéridos? —pregunta un viejo que le vendía verduras a la difunta.

—Cáncer —dice Alberto con seriedad.

—¿Y quién va a pagar el entierro? —insiste el viejo.

—Disculpe —los interrumpe Andrea, la hermana de Alberto, llevándoselo en su silla de ruedas.

—Gracias —dice Alberto, notando que tiene los ojos rojos.

—Te acompaño —responde ella, abrazándolo por atrás—. Este funeral es una locura y los tíos ya se pusieron a hablar de política. Yo culpo al vino.

—Puaj.

—¿No te gusta el vino?

—La política.

—Vamos, te llevo a comer canapés.

—Dale.

Llegan a una mesa abarrotada de bocadillos, bebidas y servilletas de papel. Los platos y vasos usados se acumulan en una esquina, vertiendo su contenido sobre el mantel.

—¿Cómo han estado los niños? —pregunta Alberto mientras se come un canapé con pasta de ave.

—Bien. Uno piensa en videojuegos todo el santo día...

—¿Y el otro?

—En plasticina —responde ella, sacándole a su hermano una sonrisa.

—Por lo menos ahora se puede comer esa cosa —comenta Alberto—. ¿Te acuerdas que nosotros nos moríamos con eso?

—Sí, ahora todo viene hecho a prueba de tontos... —Se detiene antes de que su hermano suelte la broma—. ¡No estoy diciendo que mis hijos sean tontos!

—Me la dejabas servida.

—Cállate —responde Andrea, revisando algunos mensajes en su celular—. A propósito de tontos, mañana te paso a buscar a las ocho.

—Bueno.

—Te acompaño a la clínica y después vuelvo a Santiago.

—Puaj.

—Ya sé, ya sé... —Esta vez la sonrisa es de ella.

Ambos esperan a que se disipe la masa de gente, durante ese tiempo Alberto recuerda una canción que su madre le tarareaba cada vez que se iba a la cama. Decía algo sobre un hombre de lana, con las piernas hechas de cuncunas, que a veces bailaba y otras veces le pegaba a una rana por haberlo dejado en ridículo frente a la luna. Cuando era niño la letra le parecía graciosa, inofensiva, pero al crecer descubrió que esa canción se trataba de un tío en segundo grado con dos manchones de pelo sobre las sienes, un viejo mañoso que acostumbraba beber copas de más en las fiestas, para luego golpear en casa a su esposa, una gorda y sumisa peluquera de risa fácil y rímel corrido; era uno de esos hombres callados que suscitan pavor entre los críos por ser impredecibles. Alberto

no lo soportaba, porque sus piernas se ponían juguetonas en cuanto le bajaba la borrachera.

Poco a poco comprendió que las canciones de su madre contaban historias, chismes que nadie más se atrevía a confesar. Las familias normalmente cuentan sus vidas y de alguna forma alteran la realidad, la embellecen para verse bien. En ese sentido, son novelistas a la inversa, porque tratan de mostrarse aburridos y decentes, como una fotografía que aloja una risa forzosa. Alberto se mueve en una esfera distinta, pues siempre ha querido conocer los peores defectos de las personas para después usarlos como armas, incluso contra sí mismo.

Entonces, su madre se encargó de reescribir lo ya escrito —como si fuese una editora—, devolviéndole su belleza original. Ella le ofreció las llaves de un teatro mágico, y él solo abrió el telón para eventualmente comprender lo que había detrás de la risa fingida, de aquella felicidad que tanto conmueve cuando hay inocencia. Con el tiempo, Alberto empezó a hilar y darle sentido a las frases de las canciones, descubriendo que su prima —la misma que le daba masajes subidos de tono cuando estaba en plena pubertad— fue concebida fuera del matrimonio. También supo de varios abortos disfrazados de apendicitis. Por aquí y por allá se enteraba de amantes despechadas, empresas fallidas y sueños inconclusos. Dinero mal habido, ardores irrefrenables y hasta adicciones de diversa índole. Hasta ahí, todo normal.

Su familia paterna odiaba a la de su madre por ser pinochetista, aunque para un niño esto se reducía a escuchar Sol y Lluvia, Violeta Parra y Silvio Rodríguez en una casa, y pasar a los boleros o Los Huasos Quincheros en

la otra. Por mucho que las personas crezcan, jamás dejan de ser niños. Lo demás se cubre con una pala de tiempo y silencio, así son las familias.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención a Alberto al crecer, fue la canción de una muñeca de madera que se rompió tras conocer a un ratón con lentes. Como su padre siempre usó anteojos gruesos —en las fotografías aparecía como un pelele, a pesar de convertirse en un comunista y exiliado político que vivió muchísimos años en Rusia para recibir entrenamiento militar—, la canción dio en el clavo. Algo se remeció en su interior. Era él, aquel hombre que apenas había conocido, un fiel seguidor de Allende y el marxismo que solía despachar a su casa muñecas matrioskas, de esas que van una dentro de otra hasta que solo queda la más grande. A Alberto le encantaban esos juguetes porque eran de madera de tilo y estaban pintadas a mano. Solía esperarlas con impaciencia, aguantando la respiración cada vez llegaba un paquete —en ese entonces vivían en una casa ubicada en Villa Frei—, abriéndolo junto a su madre para encontrarse con una matrioska y su colorida vestimenta, y pedían un deseo. Pero un día las campesinas rusas dejaron de llegar y nadie se quejó. Simplemente las guardaron en una bodega.

¿Será?, se pregunta Alberto mientras la gente comienza a despedirse con abrazos y saludos de mano. Los hombres se aprietan con fuerza y las mujeres dejan un sello de pintalabios que solo se quita con un detergente especial.

Su hermana se aleja para saludar a una amiga y explicarle que el entierro será en privado. Solo irá la familia. Se mueven en una caravana de cinco autos y Andrea res-

peta el silencio de Alberto. Es un viaje corto y contemplativo, ninguno habla de la herencia, no son ese tipo de hermanos. Ambos le toman otro peso al momento cuando llegan a un cementerio adornado con remolinos de colores, un césped perfecto y varios árboles. En el centro del Parque del Sendero hay una carpa que los espera junto a una fosa, el nicho familiar.

Alguien lee la Biblia, más tarde bajan el ataúd. Mientras Alberto observa sin mucho ánimo esos rituales, repentinamente aparece un viejo canoso que lo hace sonreír. Apenas lo divisó supo quién era, aunque apenas lo recordaba. Beneficios de pasarse tanto tiempo bajo una mesa: mocasines amarrados con borlas y pantalones grises. Aquel viejo solía sacarlo a pasear en un carrito de pan cuando apenas tenía diez años, ahora nada más le queda una imagen de sus piernas moviéndose.

Tras mencionárselo, al simpático anciano se le deforma la cara y suelta una carcajada.

—¡Claro, si eso era lo único que alcanzabas a ver desde el triciclo! Estabas muy chico, pero igual asaltabas los dulces de mi bazar. ¿Te acuerdas?

De pronto se abre el recuerdo completo, como si aquel comentario limpiara una ventana a la cual le faltaba cariño. Alberto se ve en medio de unos estantes gigantescos, junto a un montón de frascos de distintos colores y un cajón repleto de billetes. El tío Carlos le permitía acompañarlo cuando cerraba, a eso de las ocho. Para Alberto era una locura sentir semejante libertad, se lanzaba a los chocolates en barra o rellenos de alguna crema. Luego venía el paseo en su carro, una agradable excursión nocturna

en la cual lo acompañaba a entregar los últimos pedidos de sus clientes.

—¿Tío Carlos? —pregunta para cerciorarse de su nombre.

—Estás tan grande, Albertito —comenta el viejo, hombre solitario y putero de voz aguardentosa—. Lamento mucho lo de su mami... también su accidente.

—Gracias —responde Alberto sin fingir una tristeza excesiva, porque sabe que su madre al fin descansará de los terribles dolores nocturnos.

—¿Ha publicado algo nuevo? —pregunta el viejo—. Usted sabe que me gustan los libritos.

—No, ahora estoy escribiendo galletas de la fortuna para una empresa.

—Pega es pega, mijito. Hay que parar la olla.

—Tal cual.

—¿Anda bien de plata?

—No llueve, pero gotea.

—¿Necesita que le preste unas lucas? —dice el tío, hurgando sus bolsillos.

—No, deje —lo detiene Alberto—. Está bien así.

—Bueno, bueno —se calma el viejo, acomodándose las gafas sobre la nariz aguileña, roja e inflamada por su amor a la bebida—. ¿Entonces le puedo dar un consejo?

—El que quiera, tío.

—No se quede solo.

—Por allá anda la familia.

—Sí, ya saludé a su hermana. Muy linda ella.

—¿Entonces?

—Busque a alguien que lo quiera y que se preocupe por usted. Míreme, yo me pasé toda la juventud buscan-

do plata y ahora me cuesta confiar en la gente. Soy un tipo tratando de ser feliz con un colador en el corazón.

—Pero todos hablan bien de usted, tío. No se achaque.

—Eso es lo de menos, sobrino. A ellos solo les importa la plata. Cambiaría la mitad de mis cosas por estar con alguien que me quisiera de verdad.

—Gracias por el consejo —la voz de Alberto tiembla involuntariamente—. Oiga, pero a usted le gustan más jovencitas.

—Claro, es que el amor de mi vida todavía no ha nacido. —El viejo Carlos apenas alcanza a contener una carcajada, saludando a una chica con cara de aburrida que lo espera fumando junto a los árboles—. Ahora voy a saludar a su abuelito —se disculpa mientras le ofrece un abrazo—. No me gustan mucho estas cosas...

—Somos dos.

Alberto se pasa largo rato observándolo. Se mueve con torpeza y cortesía entre todos, aunque también se nota a la legua que quiere irse lo antes posible. Es un tipo cariñoso, pero en una medida específica: siente un profundo afecto hacia la familia porque le falta una propia.

Ambos lo saben —Alberto y su tío—, es más, incluso el sobrino puede ver el futuro del otro en sus ojos: algún día iba a morir en los brazos de una prostituta que lo llamaría por su nombre de pila, y todo su esfuerzo sería remediado por un descanso que los demás ensuciarían con la parafernalia de siempre. Esa misma familia de cuervos que lo tildaban de excéntrico pelearía por quedarse con los millones que escondía bajo la almohada, como el hombre campestre que era.

Realmente podía verlo. Carlos frente a una puerta. El sonido de tacos que traía de vuelta a su madre, la experiencia girando en torno al trato maternal. Un baño de rutina, un masaje suave y prolongado antes de someter a una joven por plata. Ofrecerle sus peores fantasmas, sus depravaciones ocultas. Volver a sentir eso que se lleva el tiempo. Por supuesto que también estaba el otro lado, el de ella. La llegada de un hombre viejo, cariñoso y con dinero que la trataba como princesa. Un susurro desesperado con olor a soledad y vino de marca. Acudir al recuerdo del padre, dominarlo y quitarle algo. Volver a estar en los brazos de alguien que la olvidó. Ganar unos billetes con eso. Dos tipos de evocaciones y venganzas distintas, y a la vez tan semejantes. Puro masoquismo.

Alberto se siente identificado con él. Aquel breve encuentro se aferra a un recuerdo reprimido, lejos de la mesa. Su mente dibuja a una muchacha de ojos alegres que conoció en Quintero cuando era joven y vacacionaba todos los años con su familia.

Antes de comprender la historia de su canción familiar, tendría que pasar por encima de otros fantasmas. Por ejemplo, un amor de verano que había dejado una herida abierta.

II

La cámara de eco

Día de resonancia magnética. Al llegar a la clínica, su hermana le pregunta si necesita algo de la cafetería. Alberto se niega y hace un gesto con la mano para que emprenda su viaje a Santiago. Es largo el camino desde Concepción.

—¿Seguro que no quieres que te espere? —pregunta ella, sabiendo que a él no le gusta verla preocupada cuando lo acompaña a sus rutinas médicas.

—No, te vas a atrasar mucho. Cuídate, negra. Les mandas mis saludos a los chicos.

—Ellos prefieren regalos y transferencias.

—Claro. Lo tendré presente.

Se despiden y a los pocos minutos aparece la doctora, quien lo hace ingresar a una sala grande e iluminada. La mujer es alta, tiene los ojos claros y la nariz más bien gruesa. Alberto sabe que se llama Paulina, pero nunca recuerda su apellido y eso a ella le causa gracia. Recién hoy se percata de su belleza, una hermosura de largas extremidades y frente despejada. Según el paciente, se ve bien cuando se pone seria, como uno de esos cuadros antiguos que se aprecian mejor desde cierta distancia. Tiene buen lejos.

Alberto comienza a desnudarse y recibe una bata con puntos grises y dos calcetines de goma celestes. Al poco tiempo llega un tipo vestido de azul, y junto a la doctora

lo suben a una máquina futurista, una especie de túnel en donde apenas encaja su cuerpo. El hombre de azul se comunica con él a través de un intercomunicador. Su respiración comienza a acelerarse al escuchar unos golpes repetitivos. Tiene claustrofobia, y sus motivos.

Repentinamente, los focos de la habitación se apagan y la máquina se detiene. Solo quedan encendidas las luces de emergencia.

— ¿Hola? —le dice Alberto al intercomunicador, pero nadie responde.

Su voz se repite varias veces en la cámara. Solo se escucha su eco.

Alberto intenta zafarse de sus amarras sin éxito.

Por algún motivo, su mente decide viajar hacia el momento del accidente. Va junto a César —un amigo de infancia, delgado y medio calvo de ojos oscuros— en una camioneta roja de doble cabina arrendada. En ese tiempo sus amigos solían pedirle que los acompañara a sus viajes de trabajo, ya que Alberto, como buen artista, siempre tenía tiempo de sobra. César era empleado bancario y se dedicaba a esparcir la peste de Redbanc por todo el país. Entre ambos conocían las mejores picadas en el camino. Estaban en el norte, en la cuarta región, y tras una discusión acerca de las comidas más contundentes —uno quería cazuela y el otro un lomo a lo pobre—, habían decidido almorzar pastel de choclo después de una reunión para que pusieran un cajero automático entre Ovalle y Coquimbo. Alberto era quien conducía mientras fumaba un cigarrillo. César iba durmiendo una siesta. De pronto apareció un auto rojo con una mujer de lentes oscuros en el espejo retrovisor. Al adelantarle se puso a su lado y se